

EL HOMBRE ES EL ÚNICO ANIMAL que posee la facultad de realizar actos éticos.

Lo ético es la causa primaria de motivación de la conducta del sujeto ante la sociedad. La razón es la causa última. La reflexión es el medio de que se vale el sujeto para captar las valoraciones implícitas en lo ético y en lo racional.

La conducta humana del hombre frente al grupo social de que forma parte, tiene por objeto la realización de un valor absoluto. No hay conducta “avalorativa”. Todo acto humano en tanto que tiene un significado, alcanza un valor, o una valoración. Si hubiera en lo social conductas avalorativas, mecánicas, habría que proclamar que el hombre no es *zoon politikon*. Lo ético como causa primaria de motivación de la conducta del hombre dentro del grupo, es lo político por excelencia. Lo íntimo de una motivación al ser exteriorizado en el alcance o pretensión de un actuar, pone en movimiento la manifestación de lo ético-relacional o valor particular que se trata de alcanzar. Lo ético es razón cuando la causa primaria se transforma, mediante la acción, en causa última.

Solamente con la consideración de que lo ético es motivación *sui generis* humana podemos comprender que la historia del hombre es la búsqueda de su perfeccionamiento y que el estancamiento o retroceso del individuo o del grupo, es negación ética o invaloreación. El determinismo histórico, característico del individuo y de

la comunidad humana, se explica por esta facultad innata de superación. El conocimiento y el saber ayuda al hombre a descubrir aquélla. Este conocimiento transforma la instintiva causa primaria en virtud. Lo ético puede ser captado indistintamente por la libre y espontánea manifestación interna (instinto), o por reflexiva estudiada manifestación (cultura o conocimiento). Solamente así puede explicarse que el analfabeto o ignorante pueda captar lo ético. De no ser así, la injusticia por antonomasia sería la del siguiente principio general del derecho: “La ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento”. Por el contrario, esta afirmación repetida hasta la saciedad en todos y cada uno de los derechos positivos, mantenida a través del tiempo, proclama el acierto de nuestra consideración: la axiología de la conducta del hombre dentro del grupo social, y con ella, su determinismo histórico proviene de una facultad innata. Es, pues, materia instintiva. El ignorante capta lo justo con certeza. La cultura ayuda a la comprensión reflexiva de la captación ética de un valor. La consecuencia de este criterio es la de que el derecho en su remota génesis no es un producto de la civilización. Lo es, sí, su elaboración matizada, refinada. Pero el derecho en tanto entroncado con el precepto ético es cualidad instintiva natural y primaria del hombre. Lo que es producto de la civilidad es reflexión comprensiva y su exposición y elaboración técnica.

El determinismo histórico del hombre se produce en lo social, dentro del grupo humano. La natural sociabilidad humana posibilita el mencionado determinismo en que el hombre exploya su desenvolvimiento y el gran desarrollo histórico. Pero la elevación del grupo requiere del desarrollo de fuertes personalidades individuales. Es como una vuelta al punto originario natural de la individualidad pero después de haber germinado dentro del grupo social; después de haber captado los Ideales de la cultura étnica manifestados a través de la supervivencia. Sólo así el hombre-individuo se trasforma en individualidad. Es decir, lo cualitativo se transforma en singular cualidad diferenciada. El hombre-individuo es propio de los estadios primitivos de la humanidad (comunidad). La individualidad es privativo de la sociedad humana (comunidad con valoración).

Si bien lo ético en su afirmación o negación es la causa primaria de toda motivación social, sería un disparate pretender la identificación

de esta causa primera con su contenido, pues nunca lo exponente es lo expuesto, ni lo causante la causa, ni lo configurante lo configurado. Un sujeto “amoral” será aquel que viviendo dentro del grupo social no pertenece a él, pues sus actos no están dentro del engranaje social. Sólo así puede hablarse de actos íntimos. Sólo así cabe una conducta social avalorativa, es decir, mecanicista, exenta de valor. El yo íntimo en cuanto intrascendente tiene una esfera de mantenimiento, muy reducida, apenas perceptible. Trasciende al originar la acción como causa de motivación.

El Estado —como forma política o como suprema unidad de asociación política sobre un territorio— es el privativo exponente de la organización social. ¿Es realmente el Estado una forma política? Es forma formante de lo social. En aquélla están contenidos los llamados elementos sociales: el derecho, los usos y costumbres, la tradición, la cultura, en suma. ¿Cómo imaginarse un Estado sin este contenido? Y ¿cómo captar éstos sin aquél? Todo lo social se reseca, hasta perecer, si el Estado dejara de existir. De aquí que sea acertada la consideración del Estado como forma y no como organización.

El hombre es ser sociable, por ético. Descartamos la creencia clásica de que la ética pertenece a la intención, al mundo de las intenciones o deseos. Por el contrario, la ética es una valoración social. Es el punto convergente entre el yo de la individualidad con el yo común de la sociedad humana. Así considerada, la ética es nexo del Estado porque solamente en él el hombre puede desenvolver sus cualidades sociales. El Estado no está integrado por individuos, sino por aptitudes y vocaciones. ¿Cómo imaginarse la existencia de las bellas artes, de las ciencias, de la cultura y su fina decantación en la más elevada de las aptitudes, la filosófica, sin un Estado en el que engarzarse? En estos nuestros tiempos, tan apolíticos para el cultivo de la inteligencia, parece como si el hablar de la fundamentación ética de lo estatal, estuviera fuera de lugar. Y posiblemente así sea. Nuestros sentidos están tan saturados del vulgar “ser del Estado”, que es preciso realizar un gran esfuerzo abstraccionista para captar su adecuado “deber ser”. En nuestra época, erróneamente denominada moderna, por contemporánea, ya que lo moderno es un término relativo de cualquier presente viviente, tal parece cómo si los pueblos, abatidos por una pesada y recargada tradición de mal-

entendida vigilancia moral y religiosa, se hubiesen dado a sí mismos una tregua revisionista.

Vivimos, pues, una época de tregua y como tal de interrogante. Tregua de tregua para el pensamiento, la acción y la reflexión. Pensamiento, acción y reflexión son mínimos en nuestros tiempos, con la sola excepción de su aplicación al campo de la ciencia. Ésta tiene, ante la contemplación, una axiología secundaria, ya que el fin adecuado de toda investigación científica es la de producir una utilidad material. De aquí que en nuestra época mercantilista y materialista el auge de la investigación científica no sea una casualidad, sino un encuadramiento lógico, ya que el materialismo no puede dar sino materialismo. No es la nuestra una postura peyorativa ante lo científico. Creemos que cuando las cosas vuelvan a su cauce, la ciencia dejará de ocupar el lugar exclusivista que ocupa en nuestros tiempos y que el ser del Estado (este pobre ser estatal tan maltrecho hoy día por lo llevado, traído y mal aplicado), volverá a vivificarse con la savia de valoraciones, absolutas por universales, o universales por absolutas.

Todos los valores humanos tienen cabida y realizado dentro del Estado. Fuera de sí serían muestras de museos. Y es curioso observar cómo el estudio minucioso de los valores nos lleva a su reducción progresiva, hasta llegar al punto convergente de la individualidad en el yo social. Precisamente una teoría pura de la ética comienza en la convergencia del yo individualidad con el yo social. De él explayan los valores humanos realizados dentro del Estado: el culto a la belleza, a la perfección como ideal estético, a la verdad y a la probidad como ideales éticos. Al valor, audacia, honor, ambición y competencia de emulación, como ideales políticos. El hombre se supera dentro del Estado. En esta superación desenvuelve su vivencia natural o propia, vivencia que consiste en el desarrollo del yo ético. Dentro del Estado el hombre-número se transforma en hombre-valor.

Es el espíritu el que crea lo peculiar de cada individualidad. Dad unas mismas leyes a distintos pueblos y esperad un tiempo de aplicación. Su resultado será muy distinto según sea el grado cualitativo de los sujetos de dichos pueblos. En unos habrá producido resultados óptimos, en otros intrascendentes y hasta en algunos contraproducentes. Los individuos y los pueblos no son grandes porque dispongan de potentes máquinas que acortan la distancia, ni

porque simplifiquen las tareas de lenta monotonía que caracterizan lo cotidiano, ni porque compliquen, agrandándolas, las engorrosas posibilidades defensivas de falsos problemas de contiendas. Que los pueblos comprendan en qué consiste su misión es tarea tan ardua y difícil como que el hombre averigüe la suya. Todo se nos da enmarañado. Vivir no es sino alcanzar experiencia, pero ¿cuál es el alcance de esta experiencia?

Para un Estado, tan importante o más que el espíritu en la elaboración de la ley, es el espíritu en la aplicación. No se busque en ambas misiones principios viejos o nuevos. No hay valores cuya valoración dependa del tiempo. No puede hablarse de valores viejos o nuevos, sino válidos por verdaderos. Se impone revisar la inadecuada creencia de que una ley de la cultura es válida en tanto es obedecida, mientras que la ley natural es tal en cuanto es verdadera. Por el contrario, afirmamos que en la zona ontológica del espíritu, una ley se reduce originariamente al principio general y que en el punto de incidencia lo válido es lo verdadero, es decir, lo adecuado a su fin.

La reflexión no es un fin en sí misma, sino un medio de captación de lo ético, y así como la ética es la positividad de lo ético, éste es también, el principio como intención.

Crisis de valores universales

No es posible percibir hasta qué punto es profunda la crisis de valores éticos en que se desenvuelven las presentes generaciones. Se trata de un grave problema universal. El mal es general, aun cuando en cada país se viva la crisis con peculiaridad y hondura diferente. El síntoma es el mismo. Apatía, indiferencia en la gente joven. Escepticismo y cansancio en los adultos. Durante cierto tiempo la gente sana de espíritu rehuía enfrentarse con la situación. La concebían como enfermedad propia de toda época de posguerra. Pero pasa el tiempo, y el mal, lejos de amainar, cunde y se extiende más y más. Vivimos una honda y profunda crisis de valores universales.

Una de las aportaciones más positivas del cristianismo como doctrina universal fue la dignificación y el respeto a la persona humana. Supuso, desde sus comienzos, un reconocimiento del concepto estoico sobre el individuo. El dualismo exclusivista, en ocasiones antagónico,

entre el individuo vinculando y formando parte de un grupo étnico, entre individuo-nación o entre individuo y el Estado, es superado por el estoicismo con una acertada salida de grandes alcances: el hombre es hermano del hombre, en tanto es criatura humana. En lo humano, por irreductible, el hombre encuentra al hombre. El logro en la incesante lucha del encontrarse a sí mismo supone la posición de concordia con nuestros semejantes.

El hombre de sistemática discordia relacional es un sujeto carente de paz interior. En las razas lo dispar o disemejante es necesario. Lo autóctono o peculiaridad racial interesa por tratarse de cuestiones de hecho, propias para la investigación sociológica. Son peligrosas si de ellas surgen posturas filosóficas que preludiven posiciones políticas. Entonces no es difícil caer en los racismos. En toda pretensión racista hay siempre el encubrimiento de complejos étnicos y el intento de sublimarlos. Su base filosófica se transforma en ideologías. Precisamente una de las notas características del entreguismo filosófico de nuestra época, es la transformación de la idea pura (investigación objetiva) en ideologías (ideas al servicio de algo extrínseco de la propia idea). Como en toda época de decadencia o de transformación social, el clímax eidético está adulterado. De aquí el escepticismo y la indiferencia ante los principios éticos como normativos de la conducta.

En lo social, nada es casual ni impositivo. Siempre hay un antecedente necesario. Nos quejamos de la superficialidad de la juventud de hoy, que lee poco, que carece de inquietudes y de auténticos intereses sociales y cuya fundamental mira se encamina a lograr con el mínimo de esfuerzo posible fulgurantes cual movedizas posiciones económicas. Son males universales y si volvemos la vista al pasado, contemplamos a los jóvenes de otras épocas, para quienes la vida tenía un significado más noble y una valoración. Por ello hicieron historia.

El acervo cultural de un pueblo no se improvisa. Es el suyo de decantación lenta. Cada generación transmite a su sucesora el resultado de la labor común, del quehacer social. ¿Qué hemos legado las generaciones adultas a los jóvenes de hoy? Resentimiento, luchas encarnizadas y mercantilismo como notas predominantes. Y como evasiva, un chovinismo que a nada bueno conduce. Todo un enjambre de “ismos” ha venido a fructificar en la seca laguna dejada por la civilización latina de fraternidad humana. Los racismos excluyen

a los hombres de la *gens* ajena. La moral, el derecho, los preceptos religiosos, lo ético en suma, Se valora ideológicamente en tanto beneficia al grupo racial. Lo antijurídico o inmoral es aquello que por beneficiar a la *gens* ajena, perjudica a la propia. Toda una variada gama de comunismos nacionales vinieron a crear insospechadas “razones de Estado”. Carecemos de auténtico internacionalismo, suplantado por la posición ideológica de intereses económicos que están por encima de los demás “ismos”. Que le son superiores. Que se imponen. Así, los conflictos internos de los pueblos se transforman inmediatamente en asuntos exteriores. Con frecuencia las llamadas grandes potencias transforman estos conflictos en verdaderos campos de experimentación y prueba de sus inventos bélicos. Estados europeos, pueblos de Oriente, naciones de Hispanoamérica fueron y son sus víctimas.

La ayuda del exterior es intervención manifiesta. La doctrina del respeto al derecho ajeno es con frecuencia letra muerta. Y en los propios países amordazan las garantías individuales y sociales en una retorcida supeditación a un falso interés público. En este medio universal en que se desenvuelve la juventud de hoy, su banalidad es una evasiva.

Nota también predominante de nuestro tiempo es la adulteración de las instituciones sociales. Nada nos es dado en prístina esencia. Y la misma juventud vista por nosotros. ¿qué es sino nervio muerto en el nexos social? ¿Cómo pueden existir auténticos valores éticos sin el soporte de una juventud que los mantenga y cuide? Mal es éste que se agrava por las repercusiones sociales que lleva consigo. Si el individuo no se forja ideales normativos de conducta social, más que vivir, vegetará. Se desenvolverá a la deriva. En definitiva, tan peligroso es el inmoral como el amoral. Este último es un peso amorfo que la sociedad arrastra. Es como polilla que carcome. El infractor de la ley, como el delincuente, no son exclusivamente gentes inmorales. En el amoral, en el que carece de noción de lo bueno y lo malo, en el que no adecua su conducta a valores y principios se encuentra, con frecuencia, un delincuente en potencia. Pero si en una sociedad y en un momento dados se produce con profusión el tipo “amoral”, es obvio que el mal hay que buscarlo en las propias raíces del medio social.

Sin que exageremos la afirmación de la influencia del medio en la formación individual, sí hemos de reconocer que junto con los factores endógenos son los dos elementos fundamentales y constitutivos de la conciencia individual. Toda crisis profunda de valores éticos o axiológicos origina el tipo de persona escéptica, desvinculada de la responsabilidad en el quehacer social, indiferente a la marcha política de su país, es decir, amoral en lo individual como en lo social. Pero la queja sistemática ante el mal por sí misma no es beneficiosa. De la contemplación indiferente como de la queja plañidera no ha de venir el remedio.

El amoral es un ignorante de lo moral. Los pueblos de hoy carecen de fe en los valores eternos. En esos valores a que las religiones dan unos nombres, las filosofías otros, pero cuyos conceptos, en definitiva, vienen a ser los mismos. Superviven y se repiten a través del rito, del canon, del precepto y hasta de la norma jurídica, de no importa qué país, qué raza, qué tiempo, pues son consustanciales a la naturaleza humana. Ellos nos hacen semejantes al semejante. Con ellos no hay Torres de Babel. ¡Si todos pudiéramos expresarnos en el lenguaje de lo ético! Nos comprenderíamos. Aunque el idioma fuese distinto, aun cuando fuese diferente el color de la piel de quien se expresara y se escuchase. Se dice que la fundamentación ética de los pueblos y de las gentes es movediza. Lo será en la conformación que a través del tiempo va tomando, Es decir, en su expresión. Pero aquél es invariable por cuanto invariable también es lo que de positivo existe en la naturaleza humana. Hablar de una ética de contenido variable sería tanto como pretender la variabilidad de la naturaleza humana. Ello no es posible por cuanto no nos fue dada esta facultad.

Temática del Estado

Entre el pensamiento y el ser hay identificación, pero no identidad. La identificación es el elemento racional entre lo que es y lo que pretendemos que sea. La identidad es el uno. O lo que siendo es.

La forma de las cosas hace que las cosas sean. Una muchedumbre es una pluralidad. Es un contenido. La forma (ser) de una muchedumbre es un pueblo. La forma de éste es el Estado. En lo político, tan sólo primaria (ética) es espontánea. Después hay una concatena-

ción de las formas cuyos contenidos son formados en nuevas formas originarias de sucesivos contenidos, Así, un contenido anterior será forma contenido posterior. De no existir esta multiplicidad originaria el Infinito y el Uno Primario acabarían por encontrarse. Así, el pueblo es la forma del contenido muchedumbre. El contenido muchedumbre al adquirir forma origina el pueblo y éste es el contenido de la forma Estado. La forma Estado es el contenido de la ética, forma de formas y como tal, irreductible.

Una teoría del Estado en sí no es nada. Una teoría del Estado, o es filosofía política o es una ambigüedad. Una sociología del Estado, representa el mismo papel de alguien que desde afuera nos invita a pasar al recinto en que nos encontramos. Podría hablarse de una sociología de la naturaleza sobre el cómo de las cosas naturales. Pero nunca de una sociología del quehacer humano. Toda obra nuestra tiene un por qué y un para qué: En el por qué y para qué de las instituciones políticas está engarzada la temática de su filosofía. El cómo del Estado es una interrogante en el aire. La única justificación posible a una sociología política es la de considerarla como técnica del Estado. La humanidad habría avanzado muy poco si se hubiera detenido en el “cómo” de las cosas. Sus mayores logros los ha conseguido con los inquietantes por qué y a los insondables para qué.

El pensamiento tiene un objeto: la captación de las formas o del ser de las cosas. El pensamiento político tiene por objeto la captación del ser (esencia) o forma del Estado. El Estado es el ser político de un pueblo. O la forma formante, y como tal originaria y primera de las demás formas políticas de ella derivadas: derecho, gobierno, etc... El ser del Estado es lo ético. Sin Estado no habría ética y sin ésta la humanidad sería una de tantas comunidades de animales. Ética (afirmación o negación axiológica) y Estado son atributos de la individualidad. El dualismo ética-Estado no crea identidad sino identificación. La ética es el Estado puro. El Estado es la pretensión ética. Pero la forma estatal no es una línea abstracta caprichosamente trazada. Los elementos sociales la delinear. La ética engarzada con la realidad política está integrada por el dualismo del ser-valor y del no-ser-valor. En ambos casos, tanto en su ser como en su no ser, la ética es esencia.

La ética en su integración social identifica al Estado. Más aún: la vigencia ética al conformarse con lo político identifica al Estado. La ética

es el ser relacional del Estado. El Estado, lo aparente relacionado. O lo que creemos que es. El ser del Estado es la ética pura sistemática. En el ámbito eidético el ser del Estado no es su deber ser, porque el deber ser obedece al planteamiento dudoso, electivo que hace el sujeto hombre. En el ser hay una posición objetiva. Las cosas son. En el deber ser, subjetiva y como tal relativista y temporal: las cosas parece que son, deben de ser... ya que las cosas son una, pero los planos de visión para el sujeto son infinitos. Si el plano de visión fuese uno se produciría la identidad entre el sujeto y el objeto. Lo creado sería el creador. El deber ser proclama, por consiguiente, la limitación del sujeto que no es ser sino pensamiento o visión (*eidós*).

Todos los animales conocen. Tan sólo el hombre sabe. El conocimiento como captación es un método o medio que conduce al fin: saber. Para saber es preciso conocer. Cuando un objeto es captado por nuestra retina, conocemos. Cuando la captación es coincidente con el objeto en su forma, sabemos. Eliminar lo incorrecto, y corregir reajustando las captaciones es la labor primera que conduce al saber. De aquí que sean muchos los que conocen y pocos los que saben, pues para llegar a esta segunda etapa el ánimo ha de estar adiestrado en la difícil y dura tarea de la objetivación. Tal parece si como para lograrlo el estudioso e investigador hubiera de alcanzar los inasequibles linderos de la deshumanización. Un sujeto, deshumanizado, es para el saber como la campana neumática para la física. Es el medio puro para la investigación pura. Lo humano es el prejuicio y con él la captación ideológica del conocimiento.

El hombre en su incesante lucha por saber combate su imperfección. Al desarrollar sus facultades innatas (dadas) no sólo hace cultura (quehacer propio del hombre y su medio), sino que además corrige su naturaleza. ¡La historia del hombre! ¡Qué página tan conmovedora la suya y con cuanta compasión y amor ha de ser contemplada! Nos movemos dentro de un círculo del que no podemos salir. Y eso que pomposamente denominamos libertad es un piadoso engaño que nos tejemos para disimular nuestras limitaciones humanas. Todo nuestro ser se arrastra en la noche oscura del desconocimiento. Y cuando creemos saber, ¿quién se atreverá a asegurarlo? Depende tan sólo de nosotros mismos. Nosotros que somos un medio del fin-saber. ¿Cómo transformarnos en el fin mismo? No podemos comprobar

la evidencia sino por nuestro propio “videne”, visto con los ojos del alma que se nutre de la creencia, de la fe. Y esto es primitivismo. Será religión, pero nunca filosofía. El medio de la raíz última de las cosas es una evidencia, que nos certificamos a nosotros mismos. Es fe.

¿De qué medio se vale el hombre para eliminar los conocimientos y alcanzar el saber? El método es algo muy personalísimo. La experiencia es un coadyuvante del tiempo. Nunca es un método. Tan sólo la lógica es el método del saber. Porque lo lógico es lo que tiene que ser. La lógica se ayuda de la experiencia, de la Intuición, de la abstracción, del análisis, de la inducción y de la experimentación. Con la lógica captamos el mundo de la cultura, como el de la naturaleza. El pensamiento es reflexión. La experiencia es vivencia. El medio de la experiencia es el tiempo. Vivir y experimentar es enriquecer las facultades innatas de la sensación. Cuando el vivir y el experimentar se identifican en el sujeto, hay vivencia. Si recaen sobre un sujeto pasivo (objeto o forma) hay experimentación.

El hombre es el único animal que vive para saber y que transmite a las generaciones futuras su sabiduría. El hombre vive. El Estado experimenta. La meta de la averiguación es el saber. Un sujeto vive en tanto averigua. El hombre desarrolla su vivencia, y por ello vive. El Estado desenvuelve su experimentación, en cuanto cosa experimenta o que es experimentada. Al desarrollar su vivencia, el hombre conoce. Cuando este conocimiento es válido por verdadero, averigua. Así se puede conocer mucho y saber poco. El conocimiento es el conjunto de lo falso y de lo verdadero aprendido por el hombre en su vivencia. La filosofía no es conocimiento, sino saber (averiguación). Para averiguar o saber, el hombre se vale de medios muy personalísimos que se eligen de acuerdo con las facultades innatas o caracteres del sujeto. El conocimiento erróneo es un lastre impuro. También el conocimiento tiene su fisiología de desasimilación y de expulsión: el error. La no revisión crítica de la fisiología del conocimiento conduce al más nocivo del conocimiento impuro: el prejuicio. Este microbio del intelecto impurifica de toxinas nuestra capacidad de saber. El prejuicio enferma el espíritu y lo hace acomodaticio a la fácil aceptación, ya que el individuo capta mecánicamente las falsas ideas preponderantes de la comunidad. La lógica se transforma en un fin en sí misma cuando alcanza la más pura forma del pensamiento abstraccionista. La lógica

por la lógica misma es la más alta e inasequible abstracción. Sólo en este caso la Lógica es Verdad.

Algo sobre el método

La ética es el más alto valor estimativo del vivir. La ética como facultad dada es el atributo humano. Es una donación de la naturaleza. El sujeto vive cuando acomoda su conducta dentro del grupo social al precepto ético. Pero ¿dónde hallar la ética y lo ético? ¿En qué canon está establecido? Es el principio de los principios. Así, por ejemplo, si a la ley se le quitase su forma axiológica toparíamos con un cadáver insepulto del alma social. Habría que enterrarlo piadosamente, y seguidamente habría que lanzarse a la búsqueda angustiada de la auténtica ley viva y fresca, incesantemente vivificada por la posesión de la acción.

El canon religioso sin axiología se reduciría, igualmente, a la seca disposición de mando. Lo mismo nos ocurriría con los convencionalismos sociales del grupo. ¿Sería posible que estas normas se sostuvieran vacías? El mando y obediencia. Obediencia y mando. ¿Dónde hallar su justificación? Precisamente la historia de la humanidad es la lucha por su libertad y ésta consiste en la identidad de lo ético con la conjunción de la individualidad social. En esta identidad y sólo en ella cabe la justificación del Estado y de la ley. Sin ella nos quedaríamos con el cascarón vacío de la violencia. Por consiguiente, la ausencia de tal identidad invalida los mencionados convencionalismos sociales y hace injustificable el acatamiento. La promulgación y la legitimación de un precepto son formulismos necesarios pero secundarios. Una ley es válida en principio en tanto realiza la acomodación de la axiología individual (bien particular) con el social (bien de la sociedad). Los conceptos de heteronomía y autonomía proclaman la posible existencia del precepto informe. La labor axiológica de revisión pertenece al presente de los sujetos a que va destinada. No es tarea historicista. Cuando una mayoría proclama con la aceptación tácita o explícita la validez de la ley, hay más probabilidades de acierto que en la captación de la minoría. Y al final la propia experiencia acabará viendo la deficiencia y rectificándola. En cambio, de la imposición minoritaria del pretendido

precepto ético han surgido las grandes calamidades públicas, de las que es preciso y necesario recelar.

Es preferible la obediencia a la mayoría equivocada que conscientemente defiende un punto de vista equivocado, que la sumisión ciega al gobernante. Pues el gobernante en cuanto llega al poder, pierde, si las tuvo, sus cualidades virtuosas, las que para desarrollarse necesita de la libre y espontánea captación. Y esto no es posible en la ardua tarea concesionista del gobernante, que se sostiene mediante la promesa y la renunciación a los principios a que lo llevaron al poder. Así, con demasiada y lamentable frecuencia, un gobernante es un pobre ser transformado en investidura de cargo.

No, no son los principios democráticos ni los valores axiológicos los que están desprestigiados. Están en desuso, adulterados por las presentes generaciones que carecen de fe en sus propios destinos y que tal parece como si su felicidad consistiese en dejar que los demás hagan: en vivir en el engaño y el prejuicio a sabiendas de que así es. Pero no siempre ha sido así, ni será. Lo positivo de la historia de los pueblos surge de la realización axiológica. Toda realización es relativización del principio. Es ésta la hipótesis de que partimos para la averiguación. Luego el principio —a diferencia de la categoría que es la concepción necesaria en condicionada, válida en sí misma— es dado con miras a la deducción discursiva. Los principios, las categorías y los valores son captados por la intuición. Tenemos que partir de ellos, como verdades primeras para realizar la tarea deductiva. La abstracción hacia lo absoluto que de ellos hacemos nos da las ideas. Así toda idea no lo es en sí misma, de algo: valor, principio, categoría. La idea por la idea misma está fuera de lo humano. Nuestras posibilidades de saber se estrellan al topar con la idea de la categoría primaria del ser: el alma humana.

El conocimiento es subjetivo y como tal temporal (temporalidad condicionada al sujeto que somos). El saber es objetivo y atemporal. El saber existe en espera de la averiguación que realice el sujeto.

Cuando se estudia un método habrá que seguir un método. Aquél es el objeto de la averiguación, es decir, es un fin en sí mismo. La metodología, por lo tanto deja sin resolver el interrogante de cuál ha de ser el método del método.

Así como los principios son hipótesis para el razonar, los valo-

res universales son ideas éticas, ventanas abiertas del espíritu que vivifican y airean la capacidad de saber del sujeto. Lo ético está integrado por el elemento idea-valor. Toda idea-valor, por serlo, es absoluta y universal. Aprender a filosofar por el aprendizaje mismo sería tanto como pretender una técnica del bien caminar sin camino que andar. La demostración es un medio para alcanzar lo que se pretende demostrar. ¿Cómo imaginarse un espejo que no pueda reflejar la imagen? Todo método, todo aprendizaje ha de serlo de algo y para algo.

La historia es la realización posible de los valores. Lo ético como idea pura carece de antítesis, pues un principio negado dejaría de serlo. La historia, como realización posible del valor que no fue, o que casi fue, relativiza el ser valorativo. Si contemplamos lo ético mediante la abstracción veremos ideas. Si estudiarnos el quehacer humano histórico toparemos con los girones, a veces un tanto mal-trechos, de valores.

La filosofía política es la causa primera y total de lo político. Los objetos de la filosofía política (valores) son disponibilidades aprehensivas del sujeto.

La elección del método para el acertado conocer o saber es consecuencia de las cualidades personalísimas del sujeto. Y lo mismo ocurre con la captación de las ideas. Toda posición filosófica depende de las condiciones del sujeto. De sus limitadas tendencias o aptitudes. Nuestro saber será, pues, un saber limitado.

Idea y acción políticas

¿Qué importancia pueden tener para la filosofía política los temas que estamos estudiando? Indudablemente que la tienen. No puede haber acción que no esté precedida de su estudio previo. La idea es pues el antecedente obligado de la acción. En el mundo contemplativo hay exceso de ideas inactivas. En el político abundan las acciones irreflexivas. Una acción correcta ha de ir precedida de una idea correcta.

El Estado es un ente que al tomar forma arrastra tras sí la vida del ciudadano. La obediencia pasiva, mecanizada, la oposición o la aceptación manifiesta a las instituciones políticas dadas, trasciende

de lo social a lo individual. Indudablemente la revolución de las ideas, como origen de la acción ha de repercutir en dicha acción. Y recíprocamente, ya que el medio es ente de nutrición o de captación eidética. Es la nuestra época de prisas, de desasosiego y de intranquilidad. Las gentes se mueven de aquí para allá sin tiempo para la meditación. Los Estados legislan en abundancia. El ciudadano obedece ciegamente sin saber a qué ni para qué obedece. La maquinaria de los Tres Poderes despliega actividad inusitada. Ley tras ley, reforma tras reforma, sin saber qué es lo que se reforma ni para qué es la reforma. La actividad es febril, parecida a las que despliegan los enfermos nerviosos. Los Estados modernos están enfermos de acción, recargados de actividad. ¿Qué ocurriría si se detuvieran por un momento coincidente las maquinarias de los grandes Estados? Los pueblos respirarían. Podrían contemplarse a sí mismos y contemplar a los demás pueblos.

¿A dónde van los pueblos, víctimas directas de este afán indomable de la acción por la acción misma? A la destrucción, a la mezquindad, a la renuncia inconsciente de sus auténticos valores. De aquí la necesidad de que Estados, pueblos e individualidades se miren a sí mismos, por dentro. Desde la Revolución Francesa hasta nuestros días los pueblos tomaron carrerilla en un afán de mejoramiento y de reformas. ¿Por qué no detenernos para ver el camino andado y para preguntarnos adónde vamos? El cansancio nos ha enervado. Continuamos el movimiento como autómatas. Resultado: el escepticismo. Cuando los pueblos hayan detenido la carrera loca en que están envueltos, resurgirán de nuevo, con distinta visión, pues lo andado hace camino. Los pueblos, como los niños, necesitan crecer. Tienen un rico caudal imaginativo: el Estado, el alma popular, la tradición. Toda una gama de valores axiológicos los sostienen.

Un pueblo sin creencias, es un pueblo vacío, muerto. Pretender su existencia sería tanto como reducir el concepto al absurdo. Pues un pueblo es creencia. Su existencia es la creencia peculiar de sí. Cuando en un momento determinado, un pueblo carece de sabia vivificante, y, o vive al día o del pasado. Esta situación se manifiesta en la crisis de sus creencias. Y como en los individuos, los pueblos que no creen, no crean vida intelectual y la gama de sus vivencias se anquilosa.

Nuestra época actual es, pues, época de anquilosamiento en la

creencia y en crear de los pueblos. Y puesto que no existe fe, no posemos grandes ideales, ni universales ni nacionales. Lo auténtico nacional degenera, con harta frecuencia, en plataforma chovinista. La idea está muerta, por la acción. Pero a los pueblos hay que darles creencias positivas, como a los niños se les dan sus juguetes, porque el alma de aquéllos está hecha para crecer, como la del niño para jugar. Cuando el pueblo no crece, o el niño no juega, o el adulto no trabaja, sus naturalezas se rebajan, porque el alma del pueblo, como la vida del niño, o como el destino del hombre, fue y está determinada para crecer, para jugar y para laborar. Y a la naturaleza hay que contemplarla en aquello para lo que fue destinada. ¡Vieja verdad ésta! Tan vieja como la existencia del niño, del adulto y de los pueblos.

Todo cuanto signifique un estudio correcto de las ideas, nos conducirá a la acción acertada. Pero la acción irreflexiva y mecanicista es repudiada por nuestras mentes civilizadas. El don maravilloso con que el hombre fue determinado y predestinado fue la facultad de axiología. La política es acción, por definición. Acción axiológica. Lo político es pensamiento axiológico, y la política la acción de esta axiología. De aquí que lo social sea la filosofía política por excelencia, pues en ella el hombre trasciende sus pensamientos de lo íntimo del sujeto a la correlación con sus semejantes. Una política mecanizada, por avalorativa, es la negación del ser político, por cuanto lo constitutivo de lo político es lo ético. Tal acción incorrecta en la que han caído los excesos de la democracia rutinaria, conduce al Estado mecanicista, sin ética, en la que el gobernante no controlado por los pueblos hace para deshacer. Pues si el hombre como el Estado son éticos por naturaleza, la acción mecanizada, carente de ética, es acción resquebrajada y descentrada.

La acción política, desde su principio hasta el fin, es acción ética. La acción vertiginosa de los modernos Estados está fuera de lugar. Si en la pura contemplación cabe tan sólo la Idea de la idea, fuera de ella, la idea es guía para la acción. Al hombre le fue dada la facultad de la idea-acción. En tanto valoración, el fin de la acción ha de coincidir con el fin de la idea como intención. La acción contemplada de antemano, es la acción que comienza a ser, dejando de ser idea.

La ética es idea del valor trascendente a la acción. La filosofía es

contemplación en su primera parte inicial, inmediata a la iniciación de la acción. Pues toda acción es una iniciativa continuada. La filosofía política es la menos contemplativa de las filosofías. Y la más cercana a la acción que se inicia. Toda ética, toda filosofía “inmanente” no es sino un comienzo truncado, por cuanto no alcanzó su fin intrínseco: la acción.

Fisiología del pensamiento

La filosofía política inmanente, como el saber por el saber mismo, o el método por el método mismo, son entelequias. Se hace filosofía, por supuesto, por algo elevado: para alcanzar verdades. Con el conocimiento mismo sucede como con el andar “por estirar las piernas”. Entonces, la facultad intelectual se transforma en mera fisiología. Hay, pues, una fisiología del pensamiento que conoce por el conocimiento mismo. El logro es, pues, una trascendencia de toda inmanencia política y filosófica. Lo mismo decimos del Estado: sus propios fines trascienden a las individualidades que integran los grupos sociales: La ética, comienzo y fin de toda filosofía política, tiene como acción su trascendencia social. Tan sólo en la pura abstracción cabe imaginarse el Estado como sujeto y objeto de sí mismo. Y entonces, ¿qué nos quedaría de él?

¿Cómo hablar de la ética de las intenciones y de la filosofía política contemplativa? Toda intención es elemento relacional, en tanto ha de recaer sobre el objeto intencionado. La intención, por consiguiente, carece de inmanencia. La intención es un medio en sí misma. Así mismo, si hay contemplación ha de existir, necesariamente, un objeto contemplado o a contemplar. Objetos y fines son lo trascendente de toda teórica, de toda filosofía, de toda idea, de toda “contemplación”, en suma. Así, el Estado es la forma política de un pueblo. Pero el Estado tiene por objeto el posibilitar la vida del hombre dentro del grupo social de que forma parte. Y entre sus fines, el de realizar el bien común.

El sujeto Estado, lo es tan sólo en el plano de la abstracción (decimos sujeto Estado en tanto ser del Estado, ser que no está implícito en el concepto de personalidad del Estado, o el Estado como persona, pues tal concepto es una ridícula supervivencia de la no menos

ridícula, por infantil, teoría organicista). La abstracción del Estado es iniciación formal. Seguidamente ha de buscarse el por qué del Estado y sus para qué, es decir, la acción originaria y la axiológica de la realidad Estado.

El hombre es, en cuanto ser, el sujeto que conoce. Pero en tanto conoce, es objeto del conocimiento (sujeto). Hay en el saber una movediza concatenación de los términos sujeto-objeto. Solamente Dios, como causa auto motivada, es sujeto-objeto o creación-creada. Lo inmóvil como no acción es, o el infinito o la nada. El hombre es acción o idea que trasciende.

Es, asimismo el hombre, el único animal que investiga fuera de sí mismo. No tan sólo va experimentado su propio cuerpo y alma sino que tiene una investigación trascendente. En ello radica su mayor grandeza. En la naturaleza las especies actúan dentro de las facultades predadas o predeterminadas. La especie hombre tiene como facultad innata la de relacionar los pensamientos. Mas ¿cómo afirmar que otras especies animales no están dotadas de esta facultad. Sin embargo, como instinto se da en los animales la solidaridad, la ayuda ante el peligro son valores políticos, que pertenecen al hombre civilizado. Pero lo ético no es una unidad cerrada sino que se ramifica. Así, el hombre es el único ser capaz de poseer íntegras facultades éticas, a dichas especies no podemos experimentarlo?

El instinto ético es genérico en nuestro reino. La captación reflexiva de lo ético es nuestra, pertenece a nuestra especie tan sólo. Luego lo ético trascendente es la reflexión del hombre sobre los valores éticos. La historia del hombre como camino de perfeccionamiento, prueba la verdad de tal aserto. De no ser así, tampoco sería cierta la afirmación de que lo ético es la primera causa de la idea-acción del hombre. Entonces tendríamos que lanzarnos, angustiados, a la búsqueda de la substitución. Y caeríamos en el vacío.

Toda interrogante es una duda. ¿Cómo dudar de nuestras dudas? Sucede esto cuando nos hemos perdido en un intrincado haz de pensamientos y caemos en el absurdo de pensar que no pensamos, de sentir que no sentimos, de ser que no somos. ¿Dónde hallar, entonces, el pensamiento de nuestros pensamientos, la existencia de nuestro existir, la vivencia de nuestra vida y el por qué de la idea hecha acción? Y ¿qué es la vida, individual o política,

sino el interrogante continuo de nuestra vida individual y social? ¿Por qué mi yo individual ha de trascender a moverse dentro del canon impuesto por otros yo? ¿Por qué mi conducta social ha de acomodarse a la imposición? Mi libertad está condicionada y acomodada al grupo.

Es el grupo quien dispone de mi libertad, luego el yo-individual dispone de un ámbito restringido y supeditado al yo-social de mayor radio y centro. Luego mi saber es el saber social. El solo sé que no sé es una verdad elemental y relativa, pues mi saber depende de la facultad de que disponga para captar los saberes ajenos. Por esto existe la tradición o saber aceptado y acumulado. Y por esto es cierto que el hombre tiene historia, es decir, que acepta los demás saberes de sus antepasados, o que los rechaza, conociéndolos. Y por esto también el hombre puede perfeccionarse y llegar a hacer bien las cosas.

Los demás animales hacen bien las cosas para las que están facultados. De aquí que siempre las hagan iguales. Y no progresan, mientras que el hombre como no acierta en todas sus cosas, muda de opinión en busca de la solución acertada. La historia del hombre en la que reside toda su grandeza, pero también su limitación, es la búsqueda de la solución acertada emparejando el ser con el deber ser. Si de antemano el ser y el deber ser, la acción y la idea del hombre fuesen idénticos, el quehacer humano tendría que ser otro quehacer. Y nos quedaríamos, como los demás animales, sin historia, sin investigación, sin dudas, sin progreso, sin pensamientos éticos. Nuestra actividad sería “un estirar las piernas”.

Si el saber que no se sabe es verdad elemental, lo es, además, inmovible. Cabe el no saber que no se sabe. Pero el ignorar, la ignorancia es irracional y arracional. Es un atributo fuera de lo humano. Posiblemente en el “pienso, luego existo” haya demasiada pretensión. La experiencia propia comienza, y es, en una afirmación: la de mi duda. La vida humana es el interrogante, el problema, la inquietud. El asombro que lleva inmediatamente a la creación, es posterior. Con la reflexión ayudamos a despejar la duda y a tomar una decisión. La intuición y la espontaneidad instintiva, son coadyuvantes de la reflexión.

El aprecio por la investigación kantiana

Todas las filosofías que son y han sido, llegan a un límite del que no les es dado traspasar. Llegan a él por distintos caminos, es decir, por diferentes interrogantes, por diversas formas y maneras de despejarlos. Este límite es la tangente del existir. Fuera de él está lo sobrehumano, por fuera de nuestro alcance. El filósofo es, pues, un investigador que trata de transformar el interrogante en dato. Es una labor pesada y difícil que requiere de muchos años de gestación. El filósofo ha de ser, por lo tanto, un investigador despojado del error de creer que sabe. Si supiera, no tendría por qué investigar. El conocimiento de esta limitación hace del filósofo una persona modesta y honesta. Nunca un charlatán engréido. De aquí que en filosofía estén fuera de lugar las posturas “antis”. No se puede ser antikantiano ni anticartesiano, ni antiplatónico, ni anti-marxista. Simplemente, lo que le sucede al investigador filosófico es que, al entrar en contacto con las mencionadas filosofías, de éstos y otros autores, coincide o no con ellas. Logra o no logra adentrarse en ellas. Si las comprende y está de acuerdo con ellas, la tarea del filósofo auténtico es continuar la senda abierta por nuevos caminos a la investigación. En las universidades de hoy día suele hacerse referencia a posturas “kantianas y antikantianas”, antiescolásticas, antiexistencialistas, como tendencias claves de nuestros días. A veces sucede que los kantianos son tan intransigentemente pro, como los no kantianos son antis.

Pero ¿por qué la gente que no ha leído a Kant lo menosprecia? Precisamente por eso, porque no lo ha leído. O porque habiendo querido leerlo, no pudo. Kant no es un pensador difícil ni oscuro. Es profundo. Y la profundidad no siempre puede ir del brazo de la claridad. Tan profundo es Kant, que fácilmente el lector se pierde. Pero es éste, el estudioso, quien se pierde, no el autor. Toda impugnación dogmática contra un investigador filosófico lleva implícita la duda sobre las auténticas condiciones de quien lanza la censura. Desconfiemos de la intelectualidad de los intelectuales “antis”. Lo decimos a pesar de que hubo un Rousseau.

Kant es un investigador de primerísima fila, con el que hay que contar para abrir nuevas rutas o para continuar las iniciadas por él. El

desacuerdo kantiano, como el kelseniano de la teoría pura del Derecho y del Estado, ha de estar nimbado de respeto y de consideración.

Hablar de posturas “antikantianas o antikelsenianas” es impropio de intelectuales. El intelecto excluye los “antis”. El filósofo en su trágica búsqueda de verdades, llega a puntos coincidentes o no, con los alcanzados por los grandes maestros. Es tarea de inclusión o de exclusión, pero siempre sobre la marcha, en el afán renovado del hallazgo. Hallazgo que no termina en él, sino que ha de ser nuevo punto de partida. Con la filosofía, la ciencia, la religión, nuestras creencias, ideas, se forman no como uno quiere, sino como puede. Y en este poder está implícita la triste limitación de la realidad-hombre.

¿Cómo decir que Kant sea oscuro? Sus dos metafísicas son diáfanas. ¡Como que tienen mucho de psicología poética! El mayor éxito de la psicología política a la que en definitiva queda en mucho reducido Jellinek, se debe a la influencia kantiana. Y ¿hay lectura más conmovedora y que lleve al lector honesto al deseo de que sea cierta, que su teoría de la voluntad pura y la del deber por el deber mismo? ¿Y qué decir de esa maravillosa captación apriorística del precepto ético? Es tan bueno, tan bueno, que aun en el supuesto de que fuese erróneo habría que desear que no lo fuese.

No es posible en lo ético otra clase de trascendencia que la de la acción. Su pureza excluye lo contingente. El sujeto es la espera de la captación de lo ético. Su contenido inmanente es esta trascendencia de aplicación. Así la bondad aplicada es la bondad misma, pues sin aplicación, es la bondad con posibilidades de ser. Es la forma con cuerpo en un contenido. Pero la aprehensión espontánea de lo ético no pertenece al ámbito de lo racional. Está en el alma y su captación, dentro de ella, puede realizarse, bien libre de la voluntad o captación pura, o bien por medio de la reflexión, cuando el sujeto en diálogo interno llega a la conclusión del bien implícito que corresponde a la visión o a la acción. Son ellas consideraciones añadidas, trascendentes a lo ético.

Lo que interesa es poseer el ámbito de lo ético. Que su captación provenga de la reflexión o el raciocinio, o de la libre expansión, es más secundario. Si nuestra sociedad política estuviera asentada sobre bases de autenticidad, las virtudes no tendrían que ser enseñadas. Un medio propicio al libre desenvolvimiento del ser ético haría que

aquéllas se desarrollasen, tal como el aire posibilita la función respiratoria. Una sociedad política en la que el individuo ha de captar lo ético por medio de lenta y pesada gestación autocognoscitiva o educacional, muestra que es inadecuada.

Tal consideración está fuera de la afirmación utópica, porque está sacada de la realidad experimental.

La continuidad del pensamiento político

La historia de las ideas, es la historia de la búsqueda del hombre por saber. Los investigadores posteriores, al recibir la herencia de los anteriores, tienen la misión de una tarea cuidadosa, honestamente científica. De todo filósofo auténtico se aprende mucho. El humanismo de Vives y Erasmo, tan entroncado con los utópicos del xix y con los pensadores marxistas del xx, tiene su antecedente inmediato en los renacentistas platónicos y en los neo escolásticos, en los tomistas y, por último, en los clásicos griegos. La labor de estos clásicos fue continuada por las mencionadas escuelas, pues en el pensamiento todo es continuidad aun cuando no sea en línea recta, hasta llegar a los neokantianos de nuestros días. Lo característico del pensamiento kantiano y sus derivados auténticos es lo elevado de sus temas y la profundidad de sus tratados.

Con la casi sola excepción hegeliana, el pensamiento filosófico posterior a Kant ha carecido de profundidad, cuando no de seriedad. La divergencia entre los auténticos pensadores no es tanta como a simple vista pueda parecer.

Así la historia del pensamiento europeo hasta nuestros días vive de la interpretación de dos grandes pensadores de la antigüedad quienes, a pesar de ser maestro y discípulo, respectivamente, siguieron con distintos métodos sendas diferentes para alcanzar, en ocasiones, sorprendentes puntos de coincidencia: Platón y Aristóteles. Cuando Kant se remonta a las altas cimas de la abstracción, topamos con Platón, y cuando sigue su empirismo inconfundible, del que ha obtenida sus mejores aciertos, estarnos en presencia de Aristóteles. Pero en todo ello, no deja de ser Kant.

Los grandes autores coinciden, porque la naturaleza humana, la del hombre, es tan sólo una. Y al margen del tiempo, de las ra-

zas, de la educación y de las grandes o pequeñas predisposiciones para la averiguación, el hombre es humano. El saber es atemporal. Lo que nos separa a los individuos, digamos más bien, a las individualidades, son puntos de vista secundarios. Ante los principios eternos, el hombre de hoy como el de ayer, se mueve por los mismos móviles. Y las reacciones distintas, lo son de matiz tan sólo. Así la duda, la inquietud del vivir, la incertidumbre que nos acosa minuto tras minuto —incertidumbre ante el acertar ante la finalidad, ante la interpretación, ante la elección—, son problemas de ayer y hoy. Como lo es, también, esa maravillosa facultad humana de amar al prójimo, que tantos milagros de comprensión realiza y que es la primera de las condiciones para el desarrollo de nuestra innata sociabilidad.

Toda labor introspectiva es interesante. Somos auténticamente tolerantes ante las imperfecciones y limitaciones ajenas, cuando de veras “palpamos” nuestro pobre, nuestro limitado, nuestro imperfecto y complicado “yo”. Este yo, que en definitiva no sabemos en qué consiste ni dónde se alberga. Con quien topamos, cuando lo pensamos. A quien olvidamos. Y quien de nuevo se nos vuelve a aparecer, inesperadamente como se fue, para acuciarnos con sus eternos problemas, para dejarnos tranquilos cuando de nuevo le hacemos la concesión de un nuevo jirón de nuestra existencia. Para nuestra desgracia, el vivir no es un existir. Existen los objetos. Sólo el hombre vive. Y el vivir es un inquirir. Es una incesante renovación de planteamientos de problemas. Vivir es un crearse problemas. Resolver algunos y lamentarse de la no solución de los más. Intentamos captar la realidad y al intentarlo, la deformamos, al hacerla nuestra. ¡Nuestra realidad! ¡Si al menos coincidiese con la realidad captada por lo demás! Vivir es inquietarse por algo. Cuando se aquieta el ánimo se va dejando de vivir hasta llegar con la muerte a alcanzar toda quietud.

Tanto la realidad como la abstracción, la captamos mediante las ideas. Éstas no son “invariablemente lo que son”. Si lo fuesen, las ideas serían objetos y al serlo, habrían dejado de ser ideas. ¿Cómo imaginarse las ideas absolutas? Soy yo quien ha de imaginarlas. Es decir, las imagina un sujeto. Luego habrá tres referencias: el objeto, su idea absoluta y mi idea subjetiva. Yo, mediante la captación ei-

dética realizo la identidad entre el objeto y su idea absoluta. De esta identidad resulta mi idea subjetiva del objeto.

Además de mi duda, tengo una segunda verdad: la de que vivo. Posiblemente mi realidad consista en creer que vivo. En creer que siento y sé. Mas ¿Quién fuera de mí ha de averiguarlo? Esta postura no es escepticismo. Ni siquiera criticismo. Es experiencia autoanalítica. Se aprende con el vivir. O más bien con la madurez, no antes. Este aprender, con el vivir, este vivir aprendiendo tiene, entre otras, las siguientes ventajas: la de excluir el dogma. Todo dogma es signo de falta, de madurez. Lo dogmático es irracional. En lo individual, el dogma produce anquilosamiento de ideas. En lo social, es regresión. En uno y otro caso es como un quiste. El dogmático siembra odios y cosecha tempestades. El convivir dentro del grupo humano le presupone al hombre una conquista de su individualidad, consistente en dar tolerancia para ser tolerado. El dogma, por su intolerancia para quien no profesa su credo, es pernicioso por antisocial.

Saber que se duda, es atributo peculiar del humano. Si no fuese así, a las demás especies animales les habría sido dada la facultad de crear. Este don nuestro de conocer que se duda, es el incentivo generoso que nos ha dado la naturaleza. Como nos percatamos de lo poco que sabemos, necesitamos saber más y más. Ello nos ocupa y nos preocupa. ¿Qué sería de la humanidad sin este ocuparse en algo y preocuparse de mucho?

O bien la duda, en forma de realidad viene a nosotros, o bien salimos en su búsqueda. Nunca el ánimo, acuciado por la averiguación, queda aquietado. De aquellas dos posiciones, provienen los dos fundamentales métodos del inquirir: la lógica y el análisis. Los demás métodos son sus modalidades derivadas.

El valor relacional de los valores

El hombre vale por sí mismo. Las cosas valen en tanto son apreciadas por el hombre. Las cosas no son válidas en sí mismas. Además de valerse el hombre a sí mismo (amor propio, estimación propia, autosuficiencia), el hombre vale para los demás hombres. Pero no para las cosas. La concatenación sujeto-objeto-sujeto, vale tan sólo para el ser humano. Las cosas valen en tanto el hombre les reconoce un valor.

¿Para quién, si no, ha de valer la naturaleza? ¿Para la naturaleza, misma? Solamente la causa primera se ve a sí misma. Las cosas son vistas por el hombre, pues la naturaleza no puede contemplarse ni satisfacerse con su belleza, ni recrearse en la utilidad que su valor produce, ni relacionarse con el conjunto del resto de la creación. Las cosas no viven para sí mismas.

En el hombre hay un yo étnico (endógeno) y un yo social (exógeno). La realidad por sí misma, es la existencia. Las cosas existen, pero carecen de valor, pues no tienen vivencia. El hombre vale y autovale, en tanto tiene un valor por sí y para los demás. Tiene un valor relacional del que carecen las cosas entre sí. El hombre es sujeto-objeto. Las cosas si bien existen para sí mismas, su existencia termina en ellas. Valen en tanto el hombre las estima. La estimación es atributo humano. La estimación ética como elemento relacional de lo social, es el valor primero por excelencia. Sin ética, el hombre social y su vivencia relacional no existirían. Decir, por consiguiente, que el hombre existe, es rebajarlo al atributo de cosa o de objeto. Es negarle su vivencia. Es olvidarse que tiene valor. Valgo, luego existo. Por ser la vida estimación relacional, activa y pasiva y autoestimulación la existencia en sí no vale. El hombre se valora y valora. Y es en la sociedad, dentro de ella donde se produce esta relación. La sociedad humana integra la valoración.

El valor es lo ético, forma del ser. Soy y se es (sujeto). Están y existen (objetos). Lo ético formal se manifiesta con el contenido sujeto. El hombre es atributo de lo ético. Es su zona ontológica, con tiempo y espacio. Lo ético, como atributo, pertenece al hombre. Su captación es finita, como toda captación humana. Así si el hombre puede captar las nociones de tiempo y espacio, es precisamente por lo limitado de estas nociones. Toda noción es limitada en lo espacial-temporal. Tiempo y espacio son los elementos-medios racionales de que se sirve al hombre para adentrarse en la realidad de las cosas. De las que son en tanto están engarzadas en un tiempo-espacio, como de las que no son, por carecer de este entronque temporal-espacial. Número, extensión y límite son los atributos únicos, por no valorativos, que pertenecen a las cosas y de las que el hombre se vale para su captación. La existencia humana (valoración) se manifiesta en el número dual. El uno humano es mitad, tanto en lo físico como en lo

social. El uno aritmético es referencia humanamente considerado. Nuestra unidad es dual. Para nosotros el uno aritmético es referencia. Tan sólo el uno, valor ético, alcanza en la más pura abstracción significado. Un significado es el uno valorativo completo.

Las cosas son. Nunca las cosas en sí mismas deben ser, ni valer. Es el hombre quien al tratar de interpretarlas alcanza un deber ser. Este deber ser es, por tanto, una limitación humana, por cuanto manifiesta la imposibilidad de ser el ser. El deber ser es, por tanto, lo que no es. Reside en el hombre y muestra que la no captación exacta de las cosas produce el error. Error o captación imperfecta, es propio del hombre. Al menos, lo es el conocimiento de esta imperfección de la dualidad deber ser-ser.

Este deber-ser es la primera unidad-dual de la interpretación humana. El deber ser es lo que no es. Es el error. O un ser erróneamente captado. ¿Cómo es posible que se hable del ideal del deber ser? Este ideal no es sino la realidad misma. La exacta captación eidética de la realidad produce el ideal absoluto en tanto realidad que es. Esta realidad puede ser captada por el sujeto desde puntos o planos diferentes, pero uno solo, tan sólo, estático, es la realidad. Así el movimiento y sus planos, es la ficción visual de nuestra captación, pues el ser auténtico es uno tan sólo. De no ser así lo relacional y lo relativo sería absoluto. Pero la captación de la unidad no dual solamente se alcanza en angustiosa abstracción. El hombre capta espontánea y libremente la unidad-dual o unidad movediza de los diversos planos. Las cosas, liberadas del elemento relacional-espacio-tiempo, son una. Esta unidad es su realidad propia.

El deber ser pertenece al conocimiento. No es evidencia, sino error. Es una solución incorrecta de la duda. ¿Cómo pretender que el precepto ético, la norma jurídica, el canon religioso, tengan un deber ser? Este sería su negación. Tienen un ser, que es su propia axiología. Al disociar o descentrar el ser tomamos con uno de los infinitos deber ser. Creamos, inadecuadamente, el ser que no es. El ser de la norma jurídica y del acto político es lo justo, o bien común. La aplicación incorrecta de la norma jurídica o el acto político inadecuado producirán uno de tantos deber ser. La aplicación correcta de la norma jurídica al caso concreto será la adecuación entre lo justo con la equidad, es decir, dará el ser de la norma (realidad). El ser

del Derecho es la justicia. El ser del Estado es la ética. El ser de la norma jurídica, lo justo. El ser del acto político es el bien común. El ser de la aplicación de la norma al caso concreto, es la equidad. El de la actividad política es la ética como captación de lo ético. La justicia, lo justo y la equidad son los valores jurídicos o el ser del Derecho. El bien común, lo ético y la ética, son el ser del Estado. Derecho y Estado valen en sus valores y existen en su realización. La axiología del Derecho y del Estado es el ser ontológico valorativo respectivo.

Las cosas tienen un ser delegado. Son en tanto tienen propiedades. Existen en tanto son estimadas por el hombre (color, medida, tacto, visibilidad, etc.). Las propiedades de las cosas poseen receptibilidad. El hombre no es receptible para las cosas, por cuanto no las sirve. Al recibir estas propiedades poseemos las cosas, pero entre éstas y nosotros existe la extensión. Si valoramos esta extensión, tenemos la medida. El hombre es el animal que valora eidéticamente. La idea como representación, es avalorativa. Es número, pero no relacional, sino número en sí mismo. La idea valorizada es atributo del hombre sujeto. Cuando la idea se transforma en realidad, la extensión desaparece. El tiempo y la extensión, proclaman la dualidad idea-realidad. Las ideas son en tanto propiedad del sujeto hombre, predicados de las cosas.

El hombre en su vivencia no lucha tan sólo por hallar la autenticidad de las cosas. Lucha, además, consigo mismo por hallarse. El yo dudo, quiere decir que, además de la dualidad, implícita en la duda, existo yo. ¿Pero quién soy yo? Las cosas están ahí. Existen, las aprehendo, las capto en su forma y propiedades. Pero yo, ¿dónde estoy? ¿Por qué fui y soy? ¿Dónde encontrarme a mí mismo, y en qué consiste mi autenticidad? ¿Cómo lograr la adecuación absoluta entre la idea absoluta de mi ser, con mi ser mismo? Lo que yo de mí intuyo y capto son mis cualidades, o sea las cualidades mías, de mi yo. ¿Dónde, por consiguiente, encontrarme a mí mismo, y en qué consiste mi yo? En lo social, las individualidades están integradas por vocaciones y aptitudes que realizan la integración social. ¿Estará formado mi ser por este conjunto de aptitudes relacionales y vocaciones? La vida social del hombre es el medio en que se posibilita el desarrollo de estas vocaciones y aptitudes. La vivencia del hombre social, posiblemente sea la proyección al exterior, mediante la realización de fines, del desarrollo de las vocaciones. Así como el cuerpo va cambiando de

forma y va adquiriendo un desenvolvimiento y una transformación imprevista, posiblemente, el haz de aptitudes que forman el auténtico ser social del hombre vaya, también, por caminos insospechados por el sujeto. Y si escudriñamos dentro de nosotros mismos, veremos que nada fue casual ni fortuito. Todo, por insignificante que fuese, era y es continuación.

Si las cosas que no son producen el deber ser y originan el error, éste para con nosotros mismos produce patología física o psíquica. La pretendida angustia del hombre de nuestros días se debe a lo inauténtico social.

Las cualidades del hombre son válidas en la acepción pura por sí mismas. Así una buena voluntad tiene el principio de serlo en tanto buena voluntad misma, pero dentro de la más pura abstracción. Si se dirige una intención hacia una finalidad determinada, se origina la trascendencia o reflexión de la voluntad sobre algo extraño a sí misma. La intención o voluntad dirigida hacia un fin es la trascendencia de la voluntad pura. Es algo que, además, es. La posición del hombre frente a las cosas hace que éstas posean una validez trascendente. La trascendencia son las cosas mismas, en tanto son contempladas por el sujeto-hombre. No hay cosas-sujetos, sino objetos del hombre. ¿Cómo pretender la existencia de un volcán, de un riachuelo, de una montaña sin el sujeto-hombre? Su existencia es trascendencia al sujeto. Pues al hombre le ha sido concedida como facultad innata, la de reflexionar racionalmente y la de moverse según los dictados de la razón. Esta racionalidad superior, controladora de la acción espontánea del instinto, que mueve al hombre a modificar todo cuanto le rodea, hace del hombre el único sujeto de la creación creada. Precisamente, en las acciones mecanizadas, no valorativas existe una apenas perceptible línea de sombra entre el fin del espacio instintivo y el racional.

Lo correcto es, lo que siendo, es (esta palabra castellana de correcto tiene una gran eufonía y precisión: es lo recto con, o lo recto que continúa en sí). Así el acto político y la norma jurídica son válidas en tanto sus principios son correctamente aplicados. Cuando lo político es incorrectamente aplicado se produce una ideología o falseamiento de la idea política. La democracia falseada produce como ideología la demagogia.

El precepto ético trasciende a lo social en una valoración consecuente: el valor o valoración política. El canon religioso puro es el esfuerzo del propio precepto ético en busca de su origen axiológico. Es un intento infructuoso cuando se trata de hallar el principio no tangible, comienzo y fin del inquirir filosófico. El punto de partida coincide, entonces, con el de forzado arribo. La filosofía va transformándose en metafísica y se rinde en religión. Instinto y raciocinio son, en este caso, instrumentos toscos, inservibles.

Metafísica política

Para la filosofía política, el estudio de la existencia como vida y de los problemas anímicos del sujeto, son medios para un mejor conocer. Es psicología aplicada al estudio del saber.

La idea cuando no es representación, es sólo sensación, es decir, recuerdo.

La filosofía es trilogía: hombre, mundo y más allá. Hombre y mundo es la filosofía propiamente. Cuando se estudia al hombre dentro grupo social del que forma parte, es sociología. La investigación científica del más allá (astronomía, átomos) es metafísica. Cuando este más allá no puede investigarse porque el interrogante no se transforma, topamos entonces con la religión, si insistimos en plantearnos el problema. Si desistimos queda la Nada.

El hombre vive en tanto se plantean interrogantes fuera de él, pero a su alcance posible. Y sobre lo que le es sensible. El mundo es el marco existencial del hombre. La existencia del hombre consiste en la realización de actos avalorativos o mecanicistas. Constituyen la existencia precaria del hombre o existencia impropia. El sujeto-hombre se transforma en objeto-naturaleza y el sujeto-naturaleza, en objeto-religión. El sujeto-religión como causa condicionante es el sujeto-sujeto, como creación-creada.

¿Qué persigue el conocimiento? Nunca el conocimiento mismo. Ello sería alpinismo de la cultura en tanto ejercicio de músculos. El hombre busca el saber por una fuerza innata, superior a él. Le ha sido dada la facultad de inquirir como cualidad predominante y característica. Como al zorro la astucia, al león la fuerza y a la flor la belleza. Al inquirir, llena el hombre la finalidad de su vida, es decir,

su vivencia o existencia para algo. Hay muchos hombres que poseen ideas. A unos pocos las ideas les poseen. Estos pocos son perseguidos por la búsqueda de los interrogantes. El hombre en su determinismo natural (el determinismo histórico consiste en la “libre” facultad electiva, condicionada a su propia naturaleza), vive una vida trágica. Trágicamente hermosa y casi sobrenatural.

Posiblemente, la sabiduría o verdadero conocimiento perfeccione al hombre. Pero aun cuando no fuese así, continuaremos investigando, planteándonos interrogantes, pues es este nuestro determinismo natural.

No sabemos pero necesitamos saber. Cuando el hombre deja de plantearse problemas ya no vive. Existe y se transforma en un objeto más de la naturaleza. El sentimiento puro coincide con la voluntad pura. Lo auténtico de nuestro ser es lo bueno por ser. El sentimiento descentrado es la voluntad que no es. Es la ficción. De aquí que lo ético pueda alcanzarse por la sabiduría. En este caso se coincide con el libre y espontáneo sentimiento. La sociedad en que se mueve el hombre está saturada de ideologías. Las actividades sociales están basadas en el lucro. Por este sólo hecho la estructura social es inadecuada al auténtico ser del hombre, quien desde que nace, se desenvuelve en una completa ficción que le obliga a luchar denodadamente contra todo. Si algún día pudiera lograrse que el determinismo histórico del hombre coincidiese con el natural, el hombre conseguiría la libertad. Y el hombre, liberado del hombre, contemplaría con horror el pasado histórico.

El sentimiento originalmente es arreflexivo. El libre y auténtico sentimiento es el precepto ético. Así el sentimiento humano por excelencia es el ser consigo mismo. Frecuentemente, el descontento consigo mismo por la falta del hallazgo nuestro, acarrea el descontento amargo con nuestros semejantes. En ocasiones, cuando no nos atrevemos a mirarnos por dentro, miramos hacia fuera, y en la contemplación de las deficiencias ajenas estamos, sin saberlo, contemplando las nuestras. Cuando el hombre ha alcanzado una relativa paz interior se ha liberado de lo inauténtico de su ser. Entonces el hombre puede estar en paz con sus semejantes.

Sólo así, en esta sublimación, tiene cabida la realización de la solidaridad, base de las relaciones sociales y humanas, puntal de cualquier estructura del Estado.

El conocimiento puro nos lleva a la captación del ser. Es un medio, el único humano que nos conduce al saber. Pero no es el saber mismo. Al conocer le corresponde como único método fundamental la lógica y sus derivados: el análisis, en un primerísimo lugar. Pero el método para averiguar no es la averiguación misma, así como el número es el elemento de que disponen las matemáticas para la formulación de sus problemas.

Lo puro es lo auténtico. Es el ser en tanto que es. Lo impuro es lo inauténtico debido a la falsa interpretación o captación que del ser hace el sujeto. Nuestra sociedad política está asentada sobre bases inadecuadas o disconformes con la auténtica naturaleza del hombre. Es, pues, una sociedad impura en su estructuración. Lo inauténtico o falso nunca pertenece al ser, sino al sujeto-hombre. Las cosas no pueden ser y no ser. Simplemente son. Si al hombre le hubiese sido dada la facultad de captar exactamente las cosas, ni en nuestro lenguaje ni en nuestra mente existirían ni el vocablo ni el concepto ideal y deber ser, pues ambos, al ser correctamente interpretados y captados, se transformarían en lo real y el ser.

Nuestra mente no alcanza a comprender por qué nos ha sido dada la facultad de errónea captación. Comúnmente se dice que cualquier objeto puede ser contemplado desde muy diversos ángulos o perspectivas. El movimiento de las cosas hace del ser uno, ser múltiple.

Ni en el mundo de la naturaleza ni en el de la cultura, las cosas surgen sin causa. El hombre considera que el quehacer humano está exento de concatenación causal. Y proclama que el “tener que” pertenece al inundo de la naturaleza. Que en la cultura la facultad electiva rompe la obligatoriedad de la concatenación. Sin embargo, la libertad de los medios y de los fines está “condicionada” a las características de la propia naturaleza del sujeto. Por consiguiente, si en la naturaleza (pero ¿qué es naturaleza en contraposición a cultura?), hay una inexorable relación causal, en la naturaleza del hombre, de cada hombre existe la misma concatenación causal. La elección del acto, del pensamiento, de la vocación cuando es auténtica es la exacta conformación con nuestro ser, y si es inauténtica, es inexacta conformación.

El ámbito de nuestra libertad individual está supeditado a nuestra propia naturaleza. Por lo tanto, nuestra facultad electiva proclama

nuestra imperfección. Nuestro vivir es este quehacer. La vida individual y social del hombre es un hacer, rehacer y deshacer. Las instituciones políticas no son perennes. Si analizamos el quehacer de un día cualquiera veremos que en eludir nuestro error y en corregir lo equivocado, así como en discurrir sobre donde estaba el acierto se nos fue la jornada. Y se nos pasó antes de que tuviésemos tiempo de ejecutar el acierto. Si instantáneamente pudiésemos captar el ser de las cosas no tendríamos quehacer. Seríamos dioses o cosas. Superhumanos de tener conciencia de tal perfección. Infrahumanos de no tenerla.

Si las cosas naturales pudiesen tener conciencia de su existir, si pudieran comprender la perfección de su funcionamiento serían dioses. ¿Cómo pretender que el firmamento tenga conciencia de que es bóveda de mundos? La conciencia de su existencia es lo primario del hombre y uno de sus mejores atributos. Todo en el mundo de la naturaleza existe. Pero es el hombre quien tiene conciencia de esta existencia y la valora.

Lo que llamamos facultad de perfeccionamiento del hombre no es sino su tendencia natural a buscar lo auténtico. Lucha el hombre en su fuero interno por encontrarse a sí mismo, es decir, por hallar su autenticidad. Una vez que ha despertado su conciencia a la búsqueda del inquirir interno ya no cesa hasta la muerte. ¿Qué somos y por qué soy así? ¿Por qué no soy de otra manera? Y si fuese distinto a lo que soy, podría decirse que seguiría siendo yo mismo.

El hombre parte de supuestos necesarios, de pretendidas autenticidades para llegar al esclarecimiento de su ser. Estos supuestos son hipótesis forjadas por la mente del hombre para conocerse a sí mismo, para averiguar su posición ante el mundo, ante las cosas y ante los demás hombres. Se sirve del pensamiento y de la reflexión para mostrar lo logrado por la intuición. Este es el sirviente fiel del hombre. Donde la razón nos abandona, donde el dato no llega, donde la misma lógica falla, la intuición surge sin presión, sin esfuerzo lisa y llanamente. “La luz se hizo”, es la intuición.

* * *

Si el hombre fuese omnipotente no tendría necesidad de disponer de la facultad eidética, pues podría ser las cosas mismas. Tendría enton-

ces un ser sobrenatural, consistente en el desdoblamiento con todas y cada una de las cosas creadas. Sería un dios, y siéndolo, su ser sería pensamiento y acción. Al ser mortal no le ha sido dada esta posibilidad de compenetración. Es ante sí mismo y las cosas son en la medida en que las hace suyas. No es posible proclamar ni siquiera la identificación absoluta con el objeto. Así es el objetivismo tan limitado como el subjetivismo, pues si las cosas son, lo son en tanto las hago mías.

La precisión de la captación se efectúa por medio de conceptos. El número es un tiempo. En toda autenticidad existe la precisión por medio del número. Así la belleza es el equilibrio proporcionado de las formas. Las formas, ya sean técnicas (avalorativas) o axiológicas presentan en la captación del objeto una precisión matemática. Cuando se trata de conceptos valorativos, lo ético es idea primera. Si avalorativos, los medios primeros son el espacio y el tiempo. Aquéllos y éstos se conjugan o posibilitan en los elementos espacio-tiempo. El espacio es el primer elemento racional del ser con el objeto. Cuando la relación es directa con el ser mismo, entonces el tiempo se transforma en el primer elemento cognoscitivo relacional objetivo del ser. Pero en cualquier caso es preciso reconocer que el espacio y el tiempo son formas de la intuición (Kant), es decir, formas primarias de la intuición o formas puras.

Hacer reflexión o pensamientos sobre ambos elementos intuitivos marca una posición intelectual superior. El tiempo y el espacio están tan dentro de nuestro ser, de nuestra conciencia, que es necesario un esfuerzo intelectual para suponerlos fuera de nosotros. Sobre el tiempo y el espacio realiza nuestra mente una captación intuitiva. Los sentimos tan íntimamente como podemos sentir el aire que respiramos. El tiempo y el espacio son elementos de nuestra vivencia. Son los primeros factores relacionales entre el yo y las cosas.

Ocurre a veces que para realizar la captación eidética hemos de recurrir a hipótesis o datos puros de la intuición. La hipótesis es un predato, que el discurrir reflexivo ha de transformar en dato. La hipótesis pertenece al ámbito de la quimera, como el dato al de la práctica. De aquí que la hipótesis no puede ser captada por el razonamiento, ni es posible centrarla dentro de la razón. Pertenece a la conciencia del sujeto y su captación depende de las propias condiciones de la naturaleza de éste.

El ser del pensamiento es ajeno a las cosas. Tiene vida propia. El hombre es el ser del pensamiento, del sentir y del actuar. El ser de las cosas es su función. El hombre es el ser individual en sí mismo. Dios es la identificación de las cosas creadas con la creación.

Lo existente se expresa para el hombre mediante la armonía, formada por tiempos o relación numérica. Toda relación numérica se integra en números temporales. El número es la expresión armónica valorativa. Se integra ésta en la proporción armónica cualitativa. Lo desarmonico no existe en el ser, sino en nuestro *eidos* o captación inadecuada del ser. Nuestra cualidad creadora representativa es la de la interpretación. No podemos crear naturaleza, sino interpretación de objetos. Nuestra creación no es génesis, sino desintegración o integración de lo existente. Se opera un cambio de lo armónico a la extensión. Operamos sobre el tiempo-espacio. Éste es contemplado por nosotros en difícil noción. El ver con los ojos del alma requiere aprendizaje arduo.

Las cosas existentes cambian de postura y de tamaño mediante la intervención de la mano del hombre. Disponemos de la facultad de disminuir o ampliar los elementos, bien con la ficción de nuestra imaginación (interpretación), o bien con la realidad de la realización. La desarmonía o desproporción no existen en la naturaleza, sino en nuestro *eidos* en visión incorrecta del objeto. La interpretación correcta es una y corresponde al objeto que es en su situación inmóvil. La incorrecta o inadecuada es múltiple e infinita. Es una pobre salida que nos brinda la naturaleza como compensación, al no poderla crear ni compenetrarnos en ella.

La facultad interpretativa proclama, por consiguiente, lo limitado de nuestra capacidad eidética. El intelecto no se conforma con captar el cómo de las cosas, función propia de los sentidos, sino que trata de hallar el por qué. El hombre eleva su capacidad de inquirir en los eternos por qué. La lógica no es tan sólo un método de averiguación sino, además, la búsqueda de la finalidad de las cosas. Toda actividad humana, individual y social tiene un por qué y un para qué. Concebir al Estado sin esta finalidad es hacer retórica política, desligada, como tal, de la verdadera realidad. Por consiguiente, lo elemental dentro de una posición de averiguación del Estado no es investigar sobre las causas posibles de su creación y permanencia a través de los

tiempos, sino en indagar para qué existe el Estado. Dentro de esta visión, todo lo social es elemento de integración estatal. El Estado es la resultante de la actividad política del hombre encaminada a realizar la vida en común.

Posiblemente cada cosa del quehacer humano lleve en sí una finalidad superior, distinta de la que vemos y captamos y que esté implícita en su propia naturaleza originaria. Es decir, en el por qué de las cosas indagado por el hombre y que le lleva a la acción tras la elección de los medios, está engarzado el inquirir sobre la finalidad natural implícita en el objeto mismo. El determinismo cultural o del quehacer del hombre es consecuencia de esta finalidad natural. El Estado, pues, además de las finalidades políticas del quehacer humano lleva implícito la acomodación de estas finalidades a su finalidad propia o determinismo natural.

Ver esta finalidad es labor del filósofo político. No lo es del sociólogo ni del estadista, acuciados por el quehacer de la realidad. El cómo de lo social que integra lo político es labor elemental y primaria para la filosofía política. La tarea de una ética del Estado comienza donde el sociólogo y el estadista han terminado, pues todo planteamiento de los por qué y para qué de las cosas, nos conduce por lo adecuado, al saber. La averiguación del cómo de las cosas, es tarea primaria en la finalidad relacional entre los sentidos y los objetos; el sociólogo es un contemplador de lo social, como el estadista es un realizador de lo político. Tan sólo el filósofo en la averiguación de los principios éticos enmarcados en la realidad del Estado es quien realiza la verdadera labor de inquirir sobre la naturaleza del mismo y sobre las grandes posibilidades que este Estado, bien encaminado, realiza sobre la humanidad.

La interpretación como facultad y la idea como medio de captación proclaman por consiguiente, la imposibilidad de que el ser del hombre sea el ser de las cosas. El hombre posee la facultad relacional o medios de captación ante la imposibilidad de que su ser sea el Ser.

El hombre no puede tener sobre las cosas sino ideas. Las tiene de manera peculiar, imaginativa si recaen sobre los objetos, y de manera abstracta si recaen sobre conceptos. Así, la matemática, que comúnmente suele ser considerada como imaginativa, es conceptual, y su elemento, el número, es lo primario, abstracto, conceptual. Por

el contrario, la poesía es imaginativa porque opera sobre imágenes inexistentes o transformadas por la imaginación. La poesía es la más incorrecta o desproporcionada interpretación en la extensión. La imagen poética es el número valorativo o cualidad desproporcionada.

Como la planta necesita de la tierra para enraizarse, así el hombre para el desarrollo de sus calidades humanas necesita de la sociedad y de los elementos sociales. Ni aun en la abstracción puede concebirse al hombre aislado de sus semejantes y de la obra por unos y otros creada. La acción política es la base de la acción social. Ejerce sobre la vida del hombre una influencia más directa que la asociación misma. Porque la acción tiende a dar forma a la vida del hombre dentro del grupo social. El Estado no es la sociedad en acción (Marx), ni la unidad de lo múltiple social (Jellinek), porque tales consideraciones por demasiado amplias pierden el contenido. El Estado da cabida a lo social y lo social se contiene en lo político. Pero es lo político lo que engendra e integra a lo político. Los demás elementos sociales, no políticos, se integran según sus peculiares finalidades. Así, la manera de concebir lo religioso, por ejemplo, ni conforma ni integra el Estado, sino que conformará e integrará la fundamentación religiosa de una sociedad correspondiente a un Estado determinado.

Asimismo la manera de concebir los convencionalismos sociales correspondientes a una época, son pertenencias del Estado que conformará el resultante convencionalismo social de un Estado determinado. Pero esto no integrará a este Estado, pues tan sólo lo político en su raíz ética por ser el elemento social-político por excelencia, es la raíz del Estado al que integra y da forma.

Lo social pertenece a lo político. El hombre es elemento condicionante de lo social y, a su vez, es condicionado por esto. Si el Estado fuese la sociedad en acción, también lo sería la actividad realizada para desmembrar un Estado o hacerlo desaparecer. Asimismo sería un Estado la revolución contra él levantada y la guerra.

Afirmar que el Estado es la unidad de lo múltiple social es una de tantas vaguedades. El Estado es la resultante de la acción política. Entendemos por acción política aquella que tiene como fin directo el posibilitar la vida del hombre dentro de su agrupación social.

Dentro del Estado se realizan unidades o integraciones no direc-

tas. El Estado nunca puede ser la unidad de estas integraciones, sino la unificación política de lo múltiple político.

Es propio de cada generación el considerar como falsas las ideas sociales o creencias imaginativas de las generaciones anteriores. El recelo al contemplar el presente suele producir escepticismo. Y hay quienes, por el contrario, están engreídos de nuestros convencionalismos sociales, de nuestras estructuras económicas, de nuestras instituciones, en resumen, de nuestra muy pretenciosamente denominada “civilización”. ¿No serán víctimas en el futuro de la misma consideración?

El ser político del hombre

La sociabilidad es la manifestación del ser político del hombre. La materia es el ser manifestable, y en la forma, el ser manifestado. Ambos no son añadidos al ser, sino el ser mismo. De poder separarlo, el contenido sería la materia (actividad política) y la forma el espíritu (intención del principio político). Pero entonces habríamos dividido el ser político en sus dos elementos constitutivos, lo que no sería posible, pues sería tanto como alcanzar el infinito político. El espíritu político no es la unidad de la forma y del contenido, sino constitución del ser político.

El sujeto político capta el ser en su aspecto formal, ya que no le ha sido dado captarlo en su contenido. Lo informe político no existe, pues sería el infinito político. Lo informe humano es el absurdo. Todo ser es su forma en la manifestación interpretativa. La abstracción es la forma más pura de captación del ser político. La representación, la más asequible y elemental. El espíritu individual es la forma particular que tiene el sujeto para captar el ser. Este nunca es parcial ni limitado, ni movable en sus múltiples manifestaciones. Y ello es aplicable al ser político del que éste forma parte. El ser es la unidad. Pero las unidades particulares subjetivas no pueden captarlo sino parcialmente, pues de lo contrario seríamos unidades. De aquí que verdades manifestadas o alcanzadas por pensadores políticos tan disímiles como Platón y Aristóteles no sean verdades contradictorias, pues entonces dejarían de ser verdades, sino la parcial cual acertada captación de aspectos de la unidad.

La unidad es absoluta, en tanto es el ser. La variedad es relativa, por ser la deforme captación que el hombre en su limitación obtiene de la manifestación, en la manifestación particular del sujeto.

Todo en la naturaleza es realización de funciones. El hombre en su determinismo natural realiza su cometido dentro del proceso universal, como lo realiza la hierba, el árbol, el ave o la bestia. Estamos hechos para cumplir nuestra función. Así la hierba no puede dejar de ser lo que es. No puede evitar el ser pisoteada, como el río no puede dejar de llevar su cauce. El hombre es el puente tendido entre la limitación y el infinito. La facultad cognoscitiva es el soporte de este puente. Pero a diferencia del resto de la creación, que se mueve dentro de un centro adecuado, el hombre vive descentrado dentro de su limitación ambiental, creándose propósitos, eligiendo medios, alucinándose en fines. Así la hierba, seguirá en su quietud por los siglos de los siglos. Nunca pretenderá desprenderse de la raíz que la nutre, ni luchará contra su limitación. Pero el hombre tiene conciencia de su limitación y lucha contra ella. A esta lucha la denominamos: historia. Y a su resultado: civilización.

Cuando miramos hacia el infinito, nuestra idea se acerca a la idea y nuestra finitud intenta alcanzar lo infinito. Sólo entonces el hombre capta la razón de su vivir como etapa final hacia la consecución de su auténtico fin o finalidad natural.

Socialmente, quien logra captar lo normativo implícito en el concepto valor, puede percibir la línea divisoria entre lo animal y lo elevado. Y de entre éstos, seguirá en la ascensión quien transforme el concepto en conducta. La norma-valor es la mayor elevación de la sociedad. Su raíz ética es la decantación en lo auténtico social.

El hombre y su sociedad política

La sociedad política actual tiene una estructura básica. Se asienta sobre el hombre de la clase media. Se caracteriza éste como género por lo conservador, acomodaticio y pusilánime. Es en lo económico, el factor más decisivo y preponderante de lo social. En lo político es un peso muerto.

Todos los avances sociales se han realizado a pesar de su existencia. Con el hombre de la clase media no es preciso contar más que para

la rutina cotidiana, tendiente a elevar su nivel de vida material. Con frecuencia acepta los convencionalismos sociales: el canon religioso, la norma jurídica, en tanto le son dadas por un medio social económico estructurado para la defensa de los intereses materialistas.

Los grandes ideales suelen ser ajenos al hombre típico de la clase media. Nuestra sociedad está fundada o cimentada en la defensa solapada pero constante de los intereses de diversos grupos y de los individuos, en lo individual. La tranquilidad personal del hombre de la clase media descansa en el saberse protegido por el orden social establecido, del que es puntal. Dentro del estrecho círculo familiar es estricta y rigurosamente cumplidor de la moral convencional, comodín de falsa interpretación ética, pero dispone de una amoralidad social que le permite valerse de ella para la finalidad lucrativa.

No es preciso pertenecer a ningún marchamo político para llegar a la conclusión de que la sociedad actual produce en el hombre de la clase media sobre la que descansa, un tipo humano híbrido en lo social, vacío de axiología universal. En su diario vivir, el hombre de la clase media se desenraíza del pueblo, del que forma parte. Cuando la falsa palanca del visionario pone en marcha triunfal a su pueblo, el hombre de la clase media se incorpora a la algarabía; la experiencia de los grandes acontecimientos sociales pone en evidencia cómo el espectáculo público de la acción popular altera la monotonía del hombre de la clase media, quien ávido de nuevas emociones, encuentra en esta acción el medio propicio para satisfacerlas. Olvida su rutina y vocifera. Se entrega tan superficialmente a la nueva situación, que sus energías malgastadas abren paso a la consideración crítica de la duda. Todo en definitiva resulta problemático, menos la tranquilidad de antaño. Esta tranquilidad que descansa en el orden social dado con anterioridad. Luego a él hay que volver. El escepticismo fructifica entre los eternos descontentos, surgidos con frecuencia de entre las filas de los idealistas ortodoxos. De aquí que los auténticos ideales políticos que preocupan al hombre de acción política auténtica, se reducen con harta frecuencia a la asonada y a la insurrección. Por esta causa, el camino de insertar en la realidad el principio político es lento y pesado.

El hombre de la llamada alta sociedad está llamado a desaparecer. Supervive aún hoy en las grandes ciudades del Viejo Continente,

como supervivencia de los tiempos que se van. Tiene de positivo su trato cortés, su culto a la belleza y el sello inconfundible que, en educación y fineza deja el nacimiento en buena cuna. Muestra cuidado en las apariencias, en fingidas pero agradables atenciones, en obligadas consideraciones formularias hacia la mujer y en todo un conjunto de atenciones en las llamadas pequeñas cosas, posiblemente inútiles, pero que civilizan o urbanizan excluyendo de vulgaridad el trato social y la apariencia personal con sutilezas, refinamientos y encantos.

Su lugar ha sido tomado por el capitalista moderno, surgido con frecuencia de las bajas capas sociales y en ocasiones de la clase media. Entre el provecho que el antiguo señor obtenía de sus subalternos y el que obtiene el gran capitalista de sus operarios, media el sindicato, quien despersonaliza la intervención directa entre patrono y obrero. El capitalista y el sindicato han proletarizado al vasallo, transformándolo en masa social, de suerte que no forma parte de la sociedad actual sino como un número dentro de la comunidad. Así las fábricas tienen determinada cantidad de asalariados y el sindicato tal número de agremiados. Mientras el antiguo señor disponía de la relación directa con sus vasallos, el capitalista moderno cuenta en lo político con el peso muerto de la clase media y en lo económico con el amortiguador del sindicato. El arribismo y la vulgaridad suelen ser notas características del dirigente sindical.

¿Cuál es en lo individual la fisonomía predominante del hombre de la alta sociedad actual? Ya no lo es el linaje, sino el dinero. Sus relaciones sociales tienden a que el dinero produzca dinero. El señorío del auténtico señor de antaño descansaba en hacer posible su querer. El del actual en el tener. Aquél, educado para mandar, se imponía con su majestad que le producía autoridad. El actual, no educado para el mando, va adquiriendo esta experiencia en la medida que escala posiciones. La majestad del señor de antaño producía la fidelidad en el súbdito, quien le seguía hasta en la adversidad. El “señor” actual, tráfuga de su clase, advenedizo social, mantiene su mando en tanto puede sostenerse en su pedestal. Sus relaciones con sus subalternos están deshumanizadas, por mercantilizadas, tan carentes de calor humano, tan técnicas, que terminan en la relación contractual del trabajo. ¿Dónde encontrar la fidelidad, la cortesía,

la realización altruista, la del bien ajeno, puntales del Estado y de la sociedad?

El hombre de la llamada clase baja de nuestra sociedad es más auténtico en su vida individual y social. Aquellas virtudes se encuentran en él con más facilidad y espontaneidad que en el hombre falsificado de la clase media o en el ignorante cultivado del capitalista actual. En el hombre-pueblo no mercantilizado, se manifiesta una propiedad fundamental para el Estado: la solidaridad con el semejante. Es curioso observar como el hombre del pueblo, habituado a la miseria, es generoso, comprensivo y ético. En él la captación axiológica se realiza intuitivamente, es decir con libertad, sin interferencia del mercantilismo ni del lucro. El saber limitado del hombre del pueblo es auténtico. Explaya su sabiduría libremente: si ama, ama; si odia, odia. Su falta de refinamiento falso descubre los auténticos valores humanos. Lo más positivo de la historia proviene de él. Lo más firme de las realizaciones estatales surgen de él. El hombre del pueblo es el verdadero señor. Es el hombre. Sin excepción alguna en la historia de la humanidad los pueblos grandes han sido aquellos que han sabido rendir culto a la belleza, a la verdad, a las buenas maneras, la educación refinada. No en vano educación es sinónimo de política en el lenguaje del gran pueblo francés.

Pues el principio ético manifestado en lo social es la estética.